



«No menos significativa es la consecuencia derivada del cuestionamiento del protagonismo asignado a la energía nuclear en las economías avanzadas»

EMILIO ONTIVEROS es presidente de Afi y catedrático de Economía de la Empresa de la UAM.
E-mail: eontiveros@afi.es

Múltiple complejidad

Las cosas se complican. Apenas superada la crisis económica y financiera, el terremoto de Japón y la guerra en Libia incorporan nuevos elementos de riesgo cuyas consecuencias finales no son completamente fáciles de anticipar. Empecemos por este último episodio.

Guerra en Libia. Cuando escribo esto, acaban de caer los primeros misiles Tomahawk sobre las afueras de Trípoli. La decisión de algunos Gobiernos europeos y del estadounidense será la mayor intervención militar en esa región desde la invasión de Irak. Más allá de otro tipo de lecturas, las estrictamente económicas nos conducen a dificultades para anticipar la definitiva normalización en los precios de las materias primas. Desde luego del petróleo.

Aun cuando las exportaciones de Libia apenas superen los 1,7 millones de barriles diarios, la inestabilidad en los precios seguirá acusando las dificultades para producir y distribuir con normalidad. No es sólo en Libia donde hay problemas en la producción de crudo. Esas distorsiones en la oferta y en la logística del crudo coinciden con los accidentes en las centrales nucleares japonesas.

La reconstrucción japonesa. Es pronto también en relación con la evaluación de las consecuencias económicas del peor desastre desde la Segunda Guerra Mundial en Japón. La experiencia nos dice que tendrán que pasar muchas semanas para hacerse una idea de los daños económicos y muchas más para identificar efectos secundarios, pero, en ocasiones, no menos relevantes. Algo sobre lo que es más difícil todavía concretar es el impacto de la pérdida de seres humanos o el correspondiente sobre los estados de ánimo de quienes han presenciado tal desastre. De poco sirve la experiencia del terremoto de Kobe, en 1995, que supuso una contracción de 2% en el PIB.

No es difícil anticipar que el Gobierno japonés tendrá que comprometer cuantiosas e importantes inversiones pú-

blicas para reconstruir las infraestructuras físicas dañadas por la muy singular severidad del terremoto, el más intenso de su historia, y el subsiguiente tsunami. Antes de que ese impulso a la actividad económica con dinero público se deje notar, el PIB de la tercera economía mayor del mundo se contraerá adicionalmente como consecuencia de la paralización de la actividad de numerosas empresas, así como de los sistemas de transporte y distribución. En el sector del automóvil y de la electrónica los costes son quizá más elevados.

Las intervenciones públicas también han empezado ya a dejarse notar en las inyecciones de liquidez adicionales en el sistema bancario. En concreto, el Banco de Japón doblará la cuantía del programa de compra de activos vigente desde el pasado octubre, hasta alcanzar el 2% del PIB.

Decisiones de los Gobiernos del G-7 también están orientadas a evitar una excesiva apreciación del tipo de cambio del yen como consecuencia de la repatriación de fondos invertidos en otros países, en activos denominados en otras monedas, en especial por parte de las compañías de seguros.

Es en el ámbito energético en el que la incertidumbre es mayor. Los problemas surgidos en las centrales nucleares (los daños han afectado al menos a una quinta parte de la producción de electricidad de origen nuclear) acentúan, en primer lugar, esa dependencia de las importaciones de crudo, que se añaden a los problemas antes comentados en la oferta proveniente de algunos países de la OPEP. No menos significativa es la consecuencia derivada del cuestionamiento del protagonismo asignado a la energía nuclear en las economías avanzadas.

Me temo que no será esta la última vez que intentemos identificar las muy complejas consecuencias del deterioro reciente en el entorno económico y financiero global ::